

Palabras de

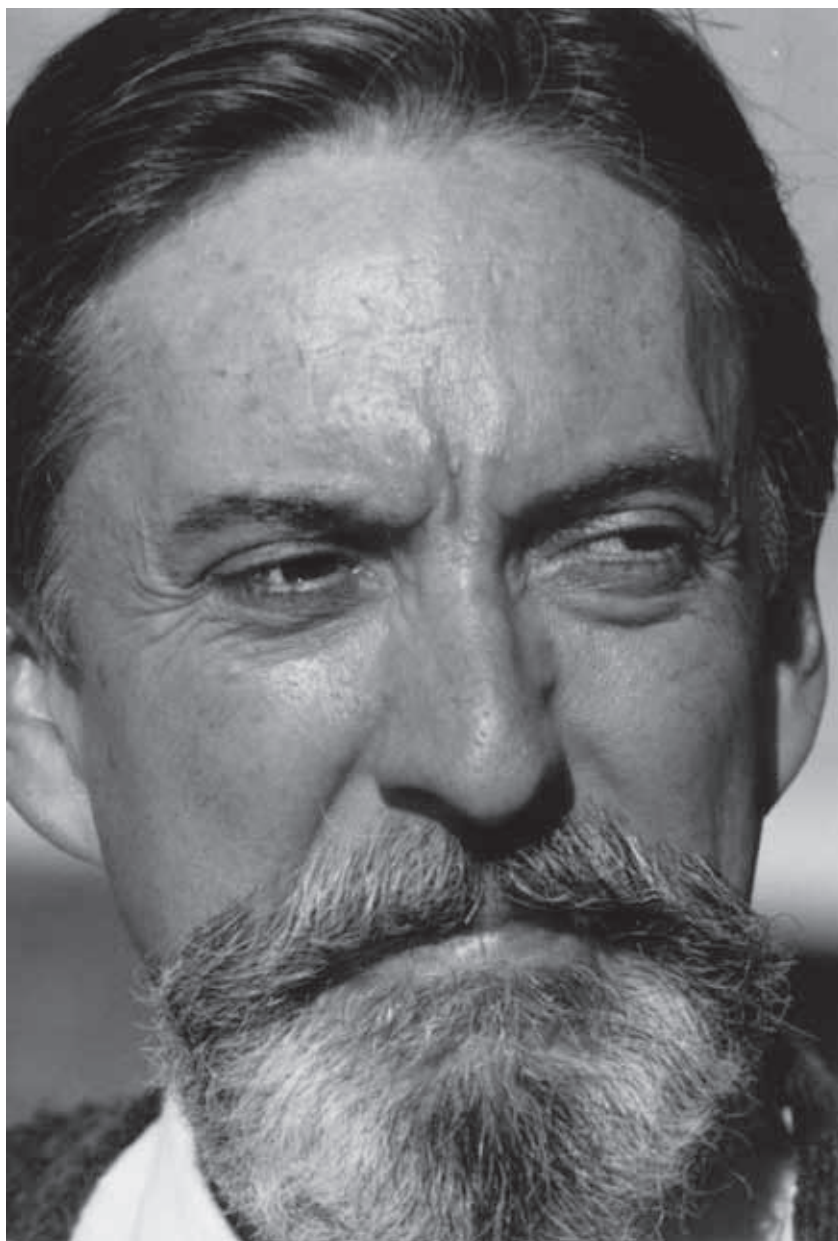
FELIPE LACOUTURE

en el Día de los Museos, al recibir el reconocimiento ICOM

Nuestra herencia museística es grande, importante y a la vez densa y pesada.

A veces me pareciera un enorme fardo a desechar y otras, un amoroso saldo, cargado de profundos significados a respetar.

Ambas situaciones existen, una y otra, contrarias, a confrontar dialécticamente para encontrar un nuevo camino necesario y urgente para subsistir.



En un pasado lejano, en el despertar del mundo moderno, pudiéramos iniciar la visión de nuestra institución actual como punto de partida. Ésta se configura como hoy la conocemos, perfilando sus rasgos generales con la llamada Ilustración y con el surgimiento del estado moderno. Hoy día, en un mundo distinto y evolucionado, se nos abre un panorama desconcertante, ante una sociedad múltiple, diversa y a la vez en acelerado proceso de urbanización. Esta situación nunca pudo ser prevista por Diderot ni por D'Alambert en sus 22 volúmenes enciclopédicos, hace ya 234 años.

Sin embargo, aparece ahí nuestra primera herencia, en una nueva visión de la realidad, enfocada bajo una racionalidad que parcelando, separando, nos daría especialidades científicas y humanistas, nuestra primera división museística americana.

La unidad conceptual en la visión medieval teológica cedía el paso a una laicización racional a ultranza pero a la vez diversificadora, parcializadora disciplinariamente. El nuevo Estado naciente generó la institución que hoy prevalece, en su propósito de otorgar al museo, junto con otras instituciones incentivadas para el efecto, el papel preponderante en la organización de las nuevas relaciones de intercambio social, en la normatividad del gusto, difusión en suma de una cultura laica y teóricamente democrática. Proponer y no solo esto, sino inculcar nuevos símbolos de civilización y cultura.

Dentro de esta nueva visión y propósitos, se producen, en dos naciones occidentales, los primeros museos de envergadura, el British Museum en

1753 y el Louvre en 1793. El primero por decisión parlamentaria, semi-público, sería representativo de una orientación científica, iniciada, hay que decirlo, poco antes por el Ashmolean Museum de Oxford. El segundo, con orientación esteticista, con un enfoque humanista –en el sentido tradicional del término–, se abriría además en forma franca a la población en general, con una importante selección de objetos confiscados en 1791 en la propia Francia y con objetos procedentes de toda Europa. Ciencias sociales y naturales por una parte, y por la otra, estética y creación artística.

Esta doble orientación estaría presente nada menos que en el inicio de San Carlos de Nueva España, institución académica con su museo concebido desde 1778, y nuestro Museo Nacional, iniciado por Guadalupe Victoria en 1825. Esta inicial separación, antigua herencia de nuestro siglo XVIII, aún prevalece, y de ella se derivó la fundación del INAH y del INBA en 1939 y 1947 respectivamente. Ahora podemos preguntarnos: ¿Mantendríamos esta vieja tradición vinculada a una particular visión del hombre y su producción cultural, ya superada por pensamiento y necesidades sociales?

Pero por otra parte, junto a ese antiguo concepto: ¿Mantendríamos la visión de una Cultura Nacional como arbitrio selectivo de un poder, en agregado de partes producidas en una pluralidad social?

Dejemos a un lado, y sólo como propuesta para reflexión, estas herencias iniciadas en el lejano siglo de la Ilustración. Veamos ahora, a vuela pluma también y sólo como señalamiento, la herencia socio-política, que debiera ser para museólogos y organizadores ejecutivos de las políticas culturales de la Nación, motivo de profundas reflexiones.

La Revolución Francesa incautó los bienes del clero y de la aristocracia mediante el decreto de las confiscaciones

en 1791. El Estado fortalecido en su acción democrática, buscaba elementos para consolidarse en la nueva sociedad. Inicialmente con los símbolos de prestigio del antiguo régimen, alto clero y aristocracia, reunió colecciones como altamente representativas del espíritu humano, ahora ya no divino. De igual manera los museos de ciencias hacían presentes los últimos descubrimientos de investigaciones cada vez más sistemáticas sobre el planeta entero.

La inicial colección del Museo de la República, primero así llamado y luego Museo Napoleón, institución que se proponía como modelo, se constituyó con las confiscaciones en los países donde los ejércitos franceses llevaban el mensaje de la Revolución y un sentido paralelo de apropiación.

Estos eran escogidos por personalidades de entonces y, a su manera, conocedores de arte, según su concepción histórico estética, impregnada de un clasisismo considerado expresivo de racionalidad y democracia, asimismo como el mérito de una suprema maestría de oficio. Una estética nueva con sentido social para su momento se inculcaba para normatizar la cultura por el Estado Democrático Nacional.

Los museos de Estado tuvieron y tienen en Europa Continental una larga trayectoria, centralizados en su gestión. Esto, aunque empieza a variar, se hizo extensivo a monumentos históricos y artísticos en todo el territorio. La nueva clase emergente actuaba a través del estado que la representaba.

Inglaterra, por su parte, para la integración de importantes colecciones, actuaba a través de miembros de su alta burguesía directamente. Tal es el caso, entre otros múltiples, de Horace Walpole representante de la Gentry, clase adinerada del campo, burguesía aristocrática.

Ejemplos de coleccionismo, en este caso de arte, particularmente pintura, se presentan en personajes como John Julius Angerstein, dando inicio a la National Gallery de Londres en 1823, gracias también a otros importantes donadores como Georges Beaumont y William Holwell Car. Se establecería de esta manera otra forma de crear museos por la clase dominante, actitud que tendría alta repercusión en la generación de museos norteamericanos durante el siglo XIX. El Estado de esa nación, por ejemplo, apoyó el desarrollo de la Smithsonian Institution, donación privada inicial, después con sus catorce unidades en Washington y, vinculada a ésta, la famosa National Gallery de la misma capital. Otros museos de ese país se produjeron así, mediante donaciones y aprobación estatal, o bien sin esto último.

El museo fue visto, en esta circunstancia, como el instrumento para una determinada visión selectiva de la cultura, como elemento también de alto prestigio, prestigio y consolidación social. Se planteaba aquí, y lo menciono por su actualidad en otros medios, la voluntad del donador, muchas veces contrapuesta a una visión científica del especialista, el *curator* en los Estados Unidos. Basta recordar la historia de importantes museos como el Art Institute de Chicago, predeterminado en sus colecciones por los gustos de una de sus principales iniciadoras hacia el impresionismo y la pintura francesa del siglo XIX. En efecto, Mrs. Bertha Honoré Palmer, árbitro de la elegancia femenina a principios del siglo XX, motivó esta situación, que los especialistas posteriormente no han podido equilibrar en la forma más conveniente desde un punto de vista científico y educativo¹.

Se presenta aquí la importancia del donador, pero junto a la insoslayable asistencia de la especialidad, en este caso de la Historiografía del Arte, para integrar colecciones científicamente equilibradas, con sentido social y educativo más amplio. Ésta ha sido realmente la esforzada y notable labor de los curadores norteamericanos. La experiencia servirá, y así lo proponemos, en la apertura actual de los ricos museos de la iniciativa privada en México.

Es conveniente señalar ahora, en relación a todo lo dicho, que en el momento actual en nuestro país se presenta la apertura del Estado, después de más de casi doscientos años de colaboración de los grupos privados en el desarrollo museológico. Nos referimos aquí no únicamente a los grupos de poder económico, sino a la participación general de la sociedad civil en todos sus niveles. Es así como en la actualidad se da el fenómeno de más de 130 museos de comunidades, que desean hablar de su propia concepción cultural. Caso excepcional para el medio latinoamericano, nuestras instituciones oficiales apoyan particularmente estos esfuerzos. Asimismo, se amplía antropológicamente el tradicional concepto elitario de cultura, como es el caso del importante Museo de Culturas Populares.

Pero retomando nuestras herencias, que hemos esbozado brevemente, éstas no terminan aquí; una nueva necesidad latinoamericana inició otra tradición a través de los objetos simbólicos para el desarrollo y gestión de las nuevas nacionalidades a principios del siglo XIX.



Fotografías Cortesía de la familia de Felipe Lacouture

Un nacionalismo acentuado y necesario en su momento fomentó unidades, presentando una integración de los espacios de la realidad cultural, social y política, para apoyo en la gestión de los nuevos Estado-Nación de la América Latina. Nace así inicialmente el concepto de Museo Nacional, que no se repite de la misma manera en otros espacios de Occidente. El Museo Nacional de la gran Colombia se funda en 1823 con esta visión, y dos años más tarde el Museo Nacional de México. Pionero, sin embargo, desde 1822², con esta misma idea de fomento nacionalista, aunque centrado, según tengo noticias, en la arqueología como símbolo de raíz nacional, elemento mismo que aún hoy día destacamos en México. Ejemplo de ello y ya en pleno siglo XX, se da en el Museo Nacional de Antropología, con este mensaje eminentemente nacionalista y diferenciador con el resto de Occidente, exaltando particularmente la arqueología. Durante el siglo XIX, esta situación de visiones integrales nacionales se sigue produciendo, y en 1887 se creó el Museo Nacional de Costa Rica, sorprendente unidad museográfica interdisciplinaria, de naturaleza e historia humana.

Concepto aún a considerar es la visión del museo, en muchos casos preferencial, aún hoy día, como depósito de enormes cantidades de objetos. Esta situación se produce inicialmente en la Europa del siglo XIX, coincidiendo, y no fortuitamente, con la expansión neocolonial, producto de la Segunda Revolución Industrial. El museo, banco gigantesco de objetos del mundo entero, como capital muchas veces en competencia, produce unidades de múltiples millones de objetos, como es el caso de las grandes unidades europeas occidentales, las de Rusia y particularmente las de los Estados Unidos. México posee un total de dos millones de objetos, según estadísticas e inventarios actuales, en la totalidad de los 108 museos dependientes del INAH. El Louvre posee más de diez millones, el Ermitage más de quince y la Smithsonian Institution más de ciento treinta y siete millones en sus instalaciones de la Unión Americana.

Esta concepción tiene que ser trascendida, según proponemos y vista de otra forma, seleccionando objetos significativos de una realidad para la confrontación que plantea el especialista, pero no su recolección forzosa, emulando al alto capitalismo financiero. De esta manera ha surgido en la propia Europa el concepto de “ecomuseo”, realizado en un espacio territorial considerado en sí mismo museo, y además con la participación comunitaria específica en su gestión. Gestión que no involucra coleccionismo sino selección in situ.

Esta visión, digamos de paso, mantiene una relación de un espacio vital determinado con una comunidad, estrechamente vinculados, de difícil adaptación al desarrollo urbano, gran problema nuestro hoy día.

El desarrollo urbano, dentro de su vertiginosa expansión en el Valle de México, ha superado considerablemente la funcional distribución que correspondía al llamado eje urbano de los museos. Éste último, hacia 1960, se consideraba entre el Palacio de Bellas Artes y el Bosque de Chapultepec, hoy pequeñísimo apéndice en la mancha urbana. Los museos de esta ciudad permanecen aislados en diminutos puntos de ubicación y la mercadotecnia, por su parte, ha distribuido instituciones comerciales en verdaderas redes dentro de la urbe. Obviamente nuestros sistemas han quedado atrás, jamás considerados como un servicio urbano a la comunidad, vistos preferencialmente como monumentos, monumentos a una cultura nacional.

Retomando las ideas expuestas, podemos resumirlas. Inicialmente, en la herencia parceladora de la realidad de la Ilustración; en segundo término, el predominio del Estado, viendo en el museo un instrumento de gestión política circunstancial; posteriormente, el enfoque nacionalista que se les ha impreso a múltiples instituciones nuestras, y finalmente, a éstas últimas vistas financieramente como administradoras de grandes capitales.



Cabe ahora hacernos algunas preguntas como las siguientes:

1.- ¿Cómo podemos responder al incremento de la sociedad urbana, a un proceso de urbanización vertiginoso y a las necesidades de desarrollo de las grandes mayorías, tan necesitadas en Latinoamérica?

2.- ¿Estamos respondiendo con toda la capacidad del museo en su transmisión de ciencia y cultura, mediando sus inigualables recursos emotivo-rationales, los objetos simbólicos, para un urgente desarrollo social y cultural?

3.- ¿Consideramos realmente la existencia del público, esa segunda parte indispensable del museo, para no transformarlo en depósito de objetos inservibles? ¿Basta conocer al visitante clasificándolo, o no pensaríamos mejor en integrarlo en la gestión, a la manera de un verdadero “museo dialogal”?

Conservemos lo que tenemos ya en cuanto a instalaciones realizadas, inmejorables y ejemplo en su género muchas de ellas. Pero es urgente abrirse a una sociedad que cambia y a la cual fundamentalmente servimos, so pena de perderla.

Diversas propuestas se van dando, según la circunstancia peculiar, social, política o económica. En algunas voces del Caribe como Cuba, dentro de grandes limitaciones materiales, se señala con interés la capacidad del museo para forjar hábitos socioculturales de superación directamente en la población. Dentro de su pequeña dimensión, pero digna altivez, Haití nos plantea las perspectivas de una nueva museografía para transmitir conocimientos y herramientas inmediatas de desarrollo urgente y superación popular, más que monumentos estáticos a la cultura.

Ante esto, proponemos la necesidad de una revisión a todo nuestro bagaje museístico, rescatando lo esencial característico propio en la confrontación vivencial, emotivo-rationale del hombre con objetos significativos y simbólicos. Lo demás, accidentes en el tiempo, puede variar.

Un orgullo académico más entendido nos ha llevado a elegir selectivamente formas culturales en arbitrios que el poder académico nos da, o el poder jerárquico burocrático. Es necesario, como antes sugiero, una actitud humana y democrática, integrando de diversas maneras al público en la gestión misma del museo, no quedándonos tranquilos con su clasificación científica. Proponemos aquí lo que ha ido apareciendo en los museos comunitarios, muchos de ellos los más humildes del país, pero los más desarrollados hasta hoy en el concepto participativo, en un verdadero “museo dialogal” que me permito plantear como ruta vivencial hacia el futuro, única bajo mi punto de vista.

Deseo particularmente señalar que la experiencia de los gestores de museos mexicanos, aquí presentes muchos de ellos, no puede ser desestimada en ninguna forma. A aquellos que empiezan a fundar museos, les señalo que este país, desde mediados del siglo xx, ha dado muchos años de formación, en experiencia profesional y académica, para múltiples generaciones, no solo de mexicanos sino también de latinoamericanos. Viene a mi memoria cierto “taylorismo”³ para intentar concebir al museo como un sistema de gestión productiva, lo que me llevó, junto con alumnas de en-

tonces, hoy directivas en el INBA, a distinguir y ubicar los aspectos laborales del museo de hoy en áreas profesionales, precisando interdisciplinidades en su estructura. Fue inicialmente una reacción ante la falta de mejores sistemas en nuestros museos hace 25 años, y ante la visión que pude tener personalmente en la frontera norte de los sistematizados museos de Norteamérica. Puedo señalar, con conocimiento absoluto de causa, que hemos creado sistemas de trabajo característicos y necesarios para nuestra particular circunstancia nacional, a la que difícilmente se adaptan elementos del exterior.

Sugiero que la formación y desarrollo profesional del gremio, en su pensamiento y práctica, sea en lo sucesivo tomada en cuenta hasta donde sea posible en las decisiones importantes de políticas de museos. Con profunda pena veo la recurrencia a la utilización de no especialistas, sin considerar las complejas disciplinas de la museología. En México existe ya una sólida tradición de profesionalidad que habrá de considerarse, antes que otras externas y no adaptadas a nuestra circunstancia, como sucede ahora.

Por último, agradezco la oportunidad que se me da para dirigirme a mis queridos colegas y a las autoridades, presentes y ausentes. Asimismo, agradezco la distinción que se me hace, misma que devuelvo con afecto y reconocimiento a todo el gremio de especialistas en las diversas y múltiples tareas del museo en mi país ❖

A t e n t a m e n t e,
Mtro. Felipe Lacouture Fornelli

México, D. F. a 18 de mayo del 2000

Notas

¹ The Museum collection: her last beautiful dress...

² Proclamación de la República del Perú-diciembre de 1822.

³ Frederick Winslow Taylor: Principles of Scientific Management. 1911 (Principios de administración científica).